

Bosques submarinos en la frontera del cambio

En la zona subantártica, los glaciares retroceden en silencio y los fiordos registran esas transformaciones como si fueran archivos vivos. En estos cambios se está jugando una historia crucial para el futuro de los océanos. No ocurre en la superficie ni es visible a simple vista. Sucede bajo el agua, en los bosques submarinos de macroalgas que sostienen una de las redes de vida más complejas y productivas del planeta. Durante décadas, estos ecosistemas han sido entendidos como bastiones de biodiversidad y reservorios naturales de carbono. Sin embargo, hoy enfrentan una presión creciente: el deshielo ace-

lerado. Más agua dulce, más sedimentos y menos luz están reconfigurando las condiciones que hicieron posibles estas "selvas marinas". Lo que está en juego no es solo la supervivencia del huero gigante o de las algas rojas, sino el equilibrio de comunidades enteras que dependen de ellas.

La reciente expedición científica internacional en los fiordos de Magallanes no es solo una campaña de investigación. Es una señal de alerta y, al mismo tiempo, un ejemplo de cómo debería responder la ciencia ante los desafíos del cambio global: con colaboración, interdisciplina y una mirada que trascienda fronteras.

En un contexto donde los efectos del cambio climático suelen medirse en

cifras globales, estos estudios nos devuelven a la escala de los procesos concretos, locales, donde los impactos se vuelven tangibles. Lo que ocurre en los fiordos australes no es un fenómeno aislado; es parte de una transformación más amplia que afecta a sistemas costeros en todo el mundo, desde el Ártico hasta las regiones templadas.

Pero también hay una dimensión estratégica que no puede ignorarse. Chile alberga una porción significativa de estos bosques submarinos y, con ello, una responsabilidad proporcional en su estudio y conservación. Iniciativas que articulan universidades, centros de investigación y redes internacionales no solo amplían el conocimiento,

sino que posicionan al país en una conversación científica global cada vez más urgente.

La pregunta ya no es si estos ecosistemas cambiarán, sino cómo, a qué ritmo y con qué consecuencias. Y, sobre todo, qué haremos con ese conocimiento. Porque entender es el primer paso, pero no basta. La ciencia debe dialogar con las políticas públicas, con la gestión de los territorios y con la conciencia social. Debemos como país y como región, en particular, anticipar escenarios, proteger biodiversidad clave y repensar nuestra relación con sistemas naturales que, aunque invisibles para muchos, son fundamentales para la estabilidad del planeta.